

### el plan en difícil coyuntura

*La marcha en el Plan de Desarrollo ha entrado en una fase delicada y crítica que es preciso superar con serenidad y, sobre todo, con sentido social.*

*No ha mucho pedía el Sr. López Rodó a los informadores contribuyeran a acelerar el proceso de desmitificación del Plan de Desarrollo. El Plan no es una varilla mágica; no cabe esperar del mismo milagres; es sólo un programa para la mejor utilización de los recursos disponibles, de cara a un proceso orgánico de crecimiento.*

*En ningún plan económico, en efecto, se puede creer como un mito; pero menos aún en un plan económico de desarrollo. El programa de recuperación de un país industrial desde una coyuntura de paro y de depresión precisa que la comunidad social ponga manos a la obra para que lo programado se convierta en plétórica realidad. Pero sucede que, en estos planes de recuperación a corto plazo, los resultados previstos responden a mecanismos técnicos y financieros, que un hábil moderador de la política económica tiene en su mano orientar y controlar. Se trata del mecanismo del famoso multiplicador keynesiano, de plena eficacia en la resolución de crisis a corto plazo en los países adelantados.*

*Un programa de desarrollo, en un país no industrializado, es diferente. El país se caracteriza por el papel económico preponderante de las actividades agrarias; no sólo por la gran importancia relativa del volumen y valor de las cosechas entre los componentes de la*

*Renta Nacional, sino por el elevado porcentaje de población económicamente activa empleada en actividades campesinas. En estos países —al menos cuando no están superpoblados— el aumento de la productividad agraria es condición «sine qua non» de todo proceso de desarrollo de la economía nacional en su conjunto. Pero el incremento de los rendimientos agrícolas ya no depende sólo de mecanismos técnicos y de estímulos financieros, sino además de elemento meteorológicos, naturales, que los hombres no hemos alcanzado todavía a domesticar.*

*Por lo tanto, en la previsión de los resultados de un plan de desarrollo habrá que tener en cuenta siempre este importante factor aleatorio: la escasa o generosa colaboración de la naturaleza en los propósitos del plan.*

*En los primeros dieciocho meses de camino del Plan de Desarrollo, nuestra agricultura no ha contado ciertamente con la propicia cooperación de los elementos naturales. La producción agraria retrocedió en 1964 en un 9,7 por 100 respecto del año anterior. 1965 no ofrece, especialmente por lo que se refiere a pastos y cereales, mejores perspectivas para el sector agrario en su conjunto.*

*Junto a esta realidad agrícola depresiva encontramos el crecimiento satisfactorio, a veces espectacular, de otros sectores: 11,6 por 100 en la producción industrial, 16 por 100 en hostelería, 57 por 100 en la construcción, 35 por 100 de aumento de los ingresos por turismo; todo referido a 1964 respecto de 1963.*

*Gracias a estos sectores destacados en su ritmo de crecimiento, la media de aumento de la Renta Nacional en 1964 se mantiene en un 6,7 por 100 respecto al año anterior.*

*Estos datos nos descubren, por de pronto, desigualdades en el desarrollo por sectores. La desigualdad en el desarrollo por sectores no es necesariamente un mal, y puede ser un bien cuando obedece a una estrategia de crecimiento desequilibrado, perfectamente admitida por la teoría. Pero tal como se ha dado en concreto en nuestra economía no ha respondido a la estrategia prevista. El Plan pretende dar un trato preferente a los sectores exportadores. El Plan cuenta, por lo tanto, con el trato de favor a cuanto favorezca el aumento de los rendimientos agrícolas, puesto que la agricultura ha sido y continúa siendo el sector económico que más contribuye al saneamiento de nuestra ba-*

lanza comercial con el exterior. El sector agrario, sin embargo, ha quedado "descolgado" del pelotón de cabeza. En consecuencia no sólo sufre las consecuencias económicas el campesino, sino que todo el tinglado del proceso de desarrollo se resiente y entorpece.

\* \* \*

Con otras palabras. Es demasiado claro que las malas cosechas merman en primer término las rentas del agricultor (excluyendo casos especiales en los que puede verificarse el "efecto King": una corta oferta de productos del campo hace que los precios suban, y esta alza de los precios compensa sobradamente a los campesinos por los menores volúmenes de producción obtenidos). Es normal, por otro lado, que el actual momento de depresión económica para el campo, continúe acelerando el éxodo rural, que durante 1964 fue de unas 200.000 personas, más de la mitad de lo que había sido previsto para el cuatrienio 1964-67: 350.000.

Pero la crisis agraria afecta radicalmente a los demás sectores de la economía desde distintos puntos de vista. No olvidemos que la economía, para crecer, necesita de compradores; que la supervivencia y desarrollo de cualquier rama productiva depende de las ventas, de la existencia y expansión del mercado para sus productos. Teniendo en cuenta que el 38 por 100 aproximadamente de la población española obtiene en la actualidad sus ingresos de la agricultura, fácil es de ver lo que para los restantes sectores productivos puede suponer la caída del poder de compra de más de la tercera parte de los clientes y compradores potenciales en el mercado interior. Lo cual es más inmediatamente visible en industrias suministradoras del campo, tales como industrias de maquinaria agrícola, abonos, piensos compuestos, otras.

Desde otro punto de vista existe el riesgo, que lo hemos convertido en realidad, de que las malas cosechas encarezcan el precio de los alimentos y demás productos del campo. Realidad que también transciende del sector campesino para repercutir desfavorablemente en el presupuesto de la gran masa de consumidores del país. Realidad, que, sobre todo, ha sido una de las causas principales de la fiebre inflacionaria que ha metido en dificultades a nuestra economía durante los

*últimos meses y que, de no ser hábilmente frenada, podría dar al traste con la totalidad del Plan de Desarrollo.*

*Por estas razones hablábamos al principio de la fase delicada y crítica por que atraviesa el Plan en estos momentos.*

\* \* \*

*Haciendo de contrapeso a la depresión agraria topamos con el famoso problema de las divisas. Las reservas netas de oro y divisas a 31-XII-64, se elevaban a la cifra record de 1.290,4 millones de dólares. Nuestro sistema se encuentra inundado de dinero líquido. El economista Robert Funes lanza su "Programa para la Economía Española": el "boom" turístico—escribe—ha suprimido el problema crónico de nuestra economía, el de la penuria; es necesario crear una mayor capacidad de gasto del dinero que regularmente, año tras año el turismo nos proporciona; hay que poner en práctica una especie de Plan Marshall interior: emplear las divisas en importar a ritmo creciente el equipo productivo que exige el crecimiento de nuestra economía; en cuanto a la agricultura, empleemos—escribe—nuestras reservas en abaratar el precio del pan y de los alimentos, comprando fuera el trigo y otros artículos de consumo general a precios más baratos que los actualmente en vigor en el mercado nacional, favoreciendo simultáneamente la emigración campesina desde las tierras más pobres y abandonando los cultivos cerealistas de las zonas agrícolas marginales; que son, naturalmente, por sus elevados costes y escasos rendimientos, las que encarecen el precio del pan, v. gr., al tener el Servicio Nacional del Trigo que garantizar ingresos a los agricultores de tales zonas.*

*No intentaremos ahora enjuiciar el "Programa" de Robert Funes, que nos parece comprender ser un programa para la orientación de nuestra economía a largo plazo. Pero si nos parece que las realidades en que se sustenta pueden dar lugar a un fundado optimismo sobre la posibilidad de superar con éxito y con equidad la crisis a corto plazo con que se enfrenta nuestra economía en estos momentos.*

*Empleemos ahora—¿por qué no?—parte de nuestras reservas en el abaratamiento del pan y de los alimentos. ¿No hay acuerdo en que es el de la inflación el problema capital con que se enfrenta a corto plazo nuestra economía? ¿En que la escasez de la oferta de alimentos y pro-*

ductos del campo ha sido uno de los factores *determinantes* de la inflación? ¿En que nos sobra dinero? Pues bien; si la oferta interior agraria ha sido escasa, ¿por qué no suplirla y completarla *suficientemente* con la compra de trigo, carne y alimentos en el mercado exterior? La abundancia de la oferta traerá necesariamente la estabilidad de los precios en el mercado interior, el freno de la inflación, la *continuidad* del Plan en su camino. No parece difícil comprender que éste habría de ser uno de los principales y más urgentes destinos de las reservas en estos momentos: suplir el mal año agrícola con las compras de productos agrarios en el exterior. Con esto habríamos solucionado el impacto a que antes aludíamos que la depresión agrícola puede producir en la gran masa de consumidores del país a través de los precios.

Pero quedaría todavía planteado el problema interno a la agricultura como sector productivo y como sector comprador. La solución a largo plazo consiste, sin duda, en un complejo proceso de transformación de las estructuras agrarias en tantos aspectos que no dependen de los elementos naturales, climáticos, meteorológicos: sustitución de cultivos marginales por otros tal vez menos intensivos, pero más rentables (pastos, repoblación forestal), racionalización de las extensiones cultivables (concentración parcelaria), acomodo del excedente de mano de obra campesina en puestos de trabajo en la industria, servicios, regiones agrícolas más intensivas (regadíos); formación profesional de los que emigran del campo; formación empresarial y técnica de quienes quedan; mecanización; comercialización.

Pero también ahora nos interesa la crisis en el sector agrario a corto plazo. Los labradores lo están pasando mal, y las perspectivas para los próximos doce meses tienen poco de halagüeñas para la población campesina del país en su conjunto. Por otra parte, sobra dinero; dicen que no estamos preparados para gastar convenientemente tales volúmenes de divisas. ¿Por qué no acudir con él a la miseria agrícola? ¿No es esto racional? ¿No es justo? ¿No es equitativo? ¿No habrá llegado la hora de volcarse en nombre de la equidad sobre el labrador, sufrido y depauperado, con múltiples planes de promoción, de protección y de ayuda, no sólo a largo plazo sino a corto e inmediato? A nosotros nos parece evidente que esta es la hora para tales planes.

*De lo contrario creemos que durante los próximos doce meses no podrá avanzar al ritmo deseable el proceso de desarrollo manteniendo en su escaso poder adquisitivo a la tercera parte aproximadamente de los compradores potenciales del país, que comprende la población campesina; que en todo caso el Plan de Desarrollo no sería un plan para todos los sectores económicos del país, sino para todos menos uno. Lo cual no lo creemos conforme a la equidad mirando a lo que habría de ser una Economía del Bien Común.*